ΣΟΦÍΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

LA CALDEA ANTIGUA

(CONTINUACIÓN)

Por ejemplo: una estimulaba grandemente la actividad y vitalidad de esas clases de esencia que pertenecían especialmente al centro por cuyo medio se mostraba, al paso que aparentemente dirigía y dominaba otras; la influencia de otra esfera era marcada sobre otra serie muy distinta de esencias que pertenecían á su centro, mientras que aparentemente no afectaba absolutamente nada la otra serie. Se vió que había toda suerte de combinaciones y permutaciones de estas influencias, siendo la acción de una de ellas, en algunos casos, grandemente aumentada, y en otros casi neutralizada por la presencia de otra.

Inevitablemente se ocurrirá aquí la pregunta de si nuestros caldeos eran fatalistas; si habiendo descubierto y calculado el efecto exacto de estas influencias en los diversos tipos de seres humanos, creían que sus resultados eran inevitables, y que la voluntad del hombre era impotente para resistirlas. Su contestación á esta última pregunta era siempre á no poder ser más rotunda: las influencias no tenían, ciertamente, poder para dominar la voluntad humana en lo más mínimo; todo lo más que podían hacer era facilitar ó dificultar en algunos casos la acción de esta voluntad en ciertas líneas. Desde el momento en que los cuerpos astral y mental del hombre están prácticamente compuestos de esta materia viviente y vivificada, que llamamos ahora esencia elemental, cualquiera

excitación extraordinaria de cualquiera de las clases de esta esencia, tiene indudablemente que afectar hasta cierto punto sus emociones ó su mente, ó ambas; y también es evidente que estas influencias deben obrar de un modo diverso en hombres distintos, á causa de las diversidades de esencias que entran en su composición.

Pero se afirmaba rotundamente que en ningún caso podían estas influencias arrastrar á un hombre á acción alguna en contra de su voluntad, aunque podían ayudarle ó contrariarle en cualquier esfuerzo que hiciera. Los sacerdotes enseñaban que al hombre verdaderamente fuerte le importaban poco las influencias que podían estar en auge; pero que para la gente común valía ordinariamente la pena saber en qué momento podían aplicar ésta ó aquella fuerza más ventajosamente.

Explicaban cuidadosamente que las influencias no eran en sí fuerzas malas ni buenas, sino como las demás de la naturaleza; como pudiéramos decir ahora, eran como la electricidad ó cualquier otra gran fuerza de la naturaleza, que según se emplea puede resultar beneficiosa ó perjudicial; y así como nosotros diríamos que ciertos experimentos tendrían un éxito más probable si se hacían cuando el aire está más cargado de electricidad, al paso que ciertos otros en las mismas condiciones fracasarían casi seguramente, así ellos decían que un esfuerzo de nuestra naturaleza mental ó emocional produciría más ó menos fácilmente su efecto, con arreglo á las influencias que predominasen al hacerlo.

Estaba, por tanto, comprendido que estos factores podrían descuidarse como *une cuantité négligeable* por el hombre de una determinación de hierro, ó por el estudiante del verdadero ocultismo; pero, como quiera que la mayor parte de la raza humana se permite todavía ser el juguete de las fuerzas del deseo, y no ha desarrollado aún nada que pueda efectivamente llamarse una voluntad propia, se consideraba que su debilidad permitía á estas influencias asumir una importancia que intrínsecamente no tenían.

El hecho de que una influencia particular esté operando, no hace nunca *necesario* que tenga efecto un suceso, pero hace que pueda realizarse más *fácilmente*. Por ejemplo, por medio de la llamada en la astrología moderna una influencia Marciana, se despiertan ciertas vibraciones de la esencia astral que tienden á la pasión. De suerte, que pudiera predecirse sin riesgo de equivocarse, respecto de un hombre que por naturaleza tuviera tendencias pasionales y sensuales, que cuando esta influen-

cia se halla en su apogeo de acción, cometa algún crimen relacionado con la pasión ó la sensualidad; no, en modo alguno, que haya sido *obligado* en lo más mínimo á tal crimen, sino sólo que venía un estado en que le es aún más difícil sostener su equilibrio, pues la acción sobre él es de carácter doble; no sólo la esencia *dentro* de él se despierta á una actividad mayor, sino que la materia correspondiente del plano exterior es también apresurada, y ésta reacciona también sobre él.

Un ejemplo que se presenta á menudo, es que cierta variedad de influencia puede á veces acarrear un estado de cosas en la que se aumentan toda clase de excitaciones nerviosas, y por consiguiente, muéstrase en la gente una irritabilidad general. En tales condiciones surgen con más facilidad las disputas, hasta por los pretextos más futiles, y un gran número de personas que siempre están prontas á encolerizarse, pierden por completo el propio dominio al menor pretexto.

Puede suceder á veces —se dijo— que semejantes influencias, actuando sobre el descontento refrenado de los celos ignorantes, acarreen una explosión de locura popular del que podrían resultar grandes desastres. Y el aviso que se daba hace miles de años no es ahora menos necesario, pues de este modo precisamente sucedió que los parisienses en 1870 fueron impulsados á lanzarse á la calle al grito de «¡A Berlín!», y de la misma manera también, ha surgido muchas veces el demoniaco alarido de «¡Den, den!» que tan fácilmente despierta el loco fanatismo de una multitud mahometana de asesinos.

La astrología de estos sacerdotes caldeos, por tanto, se dedicaba principalmente al cálculo de la posición y acción de las esferas de influencia; de suerte, que sus funciones principales eran más bien formar una regla de vida que no predecir lo futuro; ó por lo menos las predicciones que hacían eran más bien de tendencias que de sucesos especiales, al paso que la astrología de nuestro tiempo parece dedicarse en gran parte á esta última clase de profecías.

No cabe duda, sin embargo, que los caldeos tenían razón en afirmar el poder de la voluntad del hombre para modificar el destino señalado para él por su Karma. Karma puede poner á un hombre en ciertas circunstancias, ó colocarlo bajo determinadas inflencias, pero no puede obligarle á cometer un crimen, aun cuando puede ponerle en tal situación, que se necesita una gran voluntad de su parte para evitar ese crimen. Por tanto, paréceme que todo lo que la astrología podía hacer entonces,

así como ahora, era prevenir á un hombre acerca de las circunstancias en que se encontrará en tal ó cuál época; y que cualquier determinada profecía de su conducta en tales circunstancias, sólo podía estar basada en probabilidades, aunque reconozco por completo cuán cerca están estas probabilidades de convertirse en hechos, en el caso del hombre común sin voluntad.

Sin embargo, los cálculos de estos sacerdotes de la antigüedad les permitían redactar una especie de almanaque oficial todos los años, que regulaba en gran parte la vida entera de la raza. Decidían en qué épocas se podían verificar sin riesgo todas las operaciones de la agricultura; determinaban el momento apropiado para arreglar la cría de los animales y plantas. Ellos eran los médicos á la vez que los instructores de la raza, y sabían exactamente bajo qué situación de influencias podían ser sus remedios aplicados con más eficacia.

Dividían á sus creyentes en clases, asignando á cada uno la que supongo llamaríamos ahora su planeta particular, y su calendario estaba lleno de advertencias dirigidas á estas diferentes clases, como por ejemplo: «En el séptimo día, los que rindan culto á Marte deben estar muy especialmente sobre sí contra toda irritación inmotivada;» ó «Desde el día doce al quince existe peligro anormal de audacias en asuntos relacionados con los afectos, sobre todo, para los que rinden culto á Venus,» y así sucesivamente. Que estas advertencias eran de gran utilidad para la masa de la gente, no podemos dudarlo, por más extraño que nos parezca hoy tan complicado sistema de previsión contra contingencias de menor cuantía.

De esta división peculiar de la gente en tipos con arreglo á los planetas que indicaban la posición del centro de influencia á que eran más susceptibles, surgió otro arreglo curioso, tanto en los servicios públicos del templo, como en las devociones privadas de la gente. Todos observaban igualmente ciertas horas diarias de oración, reguladas por el movimiento aparente del sol; á la salida del sol, al medio día y á la puesta del sol, se cantaba por los sacerdotes en los templos ciertos anthems ó versos, y la gente más religiosa consideraba como un deber el asistir regularmente á estos cortos servicios, al paso que aquellos que no podían atenderlos convenientemente, observaban, sin embargo, cada una de estas horas, recitando algunas frases piadosas de alabanza y oración.

(Se continuará.) C. W. LEADBEATER.



EL «PERT EM HRU»

(LA VENIDA DEL DÍA)

El estudio de las religiones antiguas es abundante en las sugestiones que suministra al investigador corroborando las enseñanzas esotéricas. Ningún estudio aduce más pruebas sobre la Teosofía, ni tampoco más concluyentes. Esto es debido en parte á que vemos ya á través de los siglos aquellas creencias, que si bien el vulgo humanizaba y en ellas no iba más allá de la letra muerta, hoy se nos presentan iluminadas por la cultura, permitiéndonos cotejar unas con otras, y prescindiendo de efímeros detalles puramente externos, nos dejan ver su sentido elevado. Claro es que aún se nos escapan aquellas enseñanzas transcendentales que estaban sumamente reservadas de los ojos profanos y que precisan conocimientos vastísimos para que llegasen á ser comprendidas.

Uno de estos pueblos misteriosos, cuya religión y mitología no son del todo conocidos, es el egipcio, cuyos anales, difíciles aún de leer, reservan muchas y muy interesantes sorpresas.

Los egiptólogos no están aún conformes sobre el significado de la frase que encabeza este escrito, porque ya las necesidades gramaticales les despistan, pues sólo ven la estructura filológica del *Pert-em-hru*, ó ya pasan por alto las creencias del pueblo egipcio, que podrían servirles de mucho en casos como el que es objeto de estas líneas. En el Congreso Internacional de orientalistas, que tuvo lugar el año 1873 en París, monsieur F. Chabas trató esta cuestión, que no ofrece duda alguna cuando el *pert-em-hru* aparece en textos judiciales ó puramente literarios; pero cuando ocurre en el ritual funerario, conocido con el nombre de *Libro de*

los Muertos, surgen grandes dificultades sobre su interpretación y exacto significado.

La ortografía con que aparece escrito en los papiros de distintas épocas, pero siempre de carácter funerario, varía muy poco. Las únicas diferencias más notadas consisten, á lo sumo, en la supresión de la letra *t* (1) en esta forma *Pire-em-hrou*. Sustituyendo con nuestros signos las letras egipcias, tendremos: Pr-m-hru, y para que nuestros lectores comprendan cuál es el significado de éstas, expondremos su traducción literal:

Pr = Salir (de algún sitio), aparecer, manifestarse.

m = En, de, sobre, con, fuera de, entre, como, conforme á, de modo...

hru = Día.

Más ó menos conformes con los descubrimientos gramaticales de los egipcios, se han dado varias traducciones que difieren bastante entre sí y alteran su significado; entre otras, la escuela de Champollion leía *manifestación au jour*; Mr. S. Birch, *sortir du jour*, que interpreta como *irse de la tierra*; Mr. Chabas *sortir comme le jour, à l'instar du jour*; monsieur Lefébure, *sortir pendant le jour, sortir le jour*; E. A. Wallis Budge, *coming forth by day*.

Hecha esta exposición preliminar para que el lector comprenda mejor lo que sigue, se ve claramente que la interpretación que se dé del *Pert-em-hru*, del *Libro de los Muertos*, es interesante para los que se dedican al estudio de las religiones comparadas. En esa frase, si nos faltaran todos los demás antecedentes que tenemos sobre el pueblo egipcio, y recordando que el *Pert-em-hru* se refiere á un acto realizado por el Osiris (así se llamaba al muerto en Egipto), encontraríamos la prueba terminante de la creencia en la vida *postmortem*. Sobre este punto no hay duda alguna, y lo que preocupa á los egiptólogos es cómo suponían los egipcios que se efectuaba esa vida en la tumba, qué circunstancias concurrían en ella, y qué era lo que estaba animado de esa vida. Hay quien ha supuesto que el *pert-em-hru* se refiera al acto que ejecutaba diariamente el Osiris, abandonando durante el día el sepulcro; pero esto supondría que no había de salir de su morada fúnebre ya puesto el sol, y nada referente á esto se ha encontrado en los textos ya funerarios, ya de otros

(1) Mr. F. Chabas lo transcribía en 1873 así: Pire-em-hrou. Hay que tener en cuenta que la vocal *i* no aparece escrita, y por tanto, se suponía que tal era su sonido. Luego después adoptaron los egiptólogos la *e* para hacer fácil la lectura en aquellas palabras donde faltaban las vocales y no habían podido colegirse. El diptongo *ou* final es el equivalente á nuestra *u*.

géneros diferentes. Además hubo necesidad de descartar esta hipótesis, puesto que aun cuando una gran porción de las ceremonias fúnebres estaban consagradas á prestar flexibilidad á los miembros del difunto y procurarle el fácil manejo de los mismos, sería absurdo suponer que los egipcios pensaran que la momia podía valerse después de embalsamada y cubierta tan perfectamente de vendajes, que la hacían parecer completamente rígida é incapaz de articularse.

Parece increíble que se ocurrieran estas conjeturas, pero el caso está justificado si se tiene en cuenta la interpretación varia á que se presta el término *Pert-em-hru*, y el miedo de que la traducción perdiera su carácter rigurosamente científico al interpretarlo libremente como la resurrección del Osiris ó su vida en otro estado diferente al que tuvo en la tierra. Además, ¿qué era eso que resucitaba? ¿Qué era eso que vivía más allá del sepulcro? ¿Por qué el *Pert-em-hru* les estaba concedido á los muertos que eran justificados ante el tribunal de los dioses y no á los malvados? Aquello que *salía á la luz*, era el alma; aquella aurora del día era la liberación de esa alma, que rotas sus ligaduras carnales, empezaba á gozar de una vida nueva. Así lo comprendió Mr. F. Chabas y lo expuso al Congreso de 1873, comparando el *Pert-em-hru* con el *Nirvana* de los indios. Pero aún queda pendiente averiguar qué era ese alma que se libraba de los lazos groseros de la materia.

Varios pasajes del *Libro de los Muertos* están consagrados á esta *salida* del hipojeo, y en ellos se refieren las ceremonias precisas para hacer apto al Osiris para que pudiera salir, é ilustran el objeto de estas salidas. Véanse unos cuantos de los que cita Mr. F. Chabas (1).

«*Pert-em-hru* con los vivos.»

«Hace su alma los actos de los vivos.»

«Abierto para mí el cielo inferior, entonces el Osiris *tal... pert-em-hru* para hacer aquello que le place sobre la tierra en el lugar de los vivos.»

Algunos otros pasajes describen los actos que realizaban los favorecidos por el *pert-em-hru*, respirando la brisa á la sombra de los sicomoros, contemplando los bosques, bañándose en las corrientes aguas, bebiendo, comiendo y cuidando de todas las necesidades de la vida. Dan los egiptólogos por averiguado que los *manes* (y con esta palabra salen del paso para designar aquello que entraba y salía del sepulcro) debido al *pert-em-hru*, gozaban la facultad de volver á la vida que hacían cuando moraban

(1) Congrès de 1873, II, pág. 40 y siguientes.

entre los habitantes de las orillas del Nilo, trabajando durante el día y reposando en el hipojeo por la noche. Esto último se ve expresado en una Stela (núm. 551) del Museo británico, que dice:

«En la noche de la tierra, tú reposas en tu morada.»

¡Cuán distinto es esto del Nirvana! Al mismo Mr. Chabas le choca esta limitación en la facultad concedida á los *manes* por el *pert-em-hru*, creyendo que obedece sólo á la dificultad filológica que impide comprender el verdadero significado de los textos.

El doctor Lepsius opina que el *pert-em-hru* se refiere á un día determinado, ya el del fallecimiento ya el de la inhumación; pero esta *salida* única se conforma mal con los textos, donde, según Mr. Chabas, la acción podía repetirse cuantas veces quisiera el difunto, en apoyo de lo cual cita la cláusula del cap. I, que dice: *pert-em-hru, todos los días que quiere*, y termina creyendo que los egipcios daban un valor complejo á esta fórmula, *pert-em-hru*. Quizá en lo que se refiere á la parte exotérica de la religión de los egipcios tenga razón; pero es muy dudoso que sea así en lo esotérico.

La filología, la etnografía y otra porción de ramas del saber humano, son utilísimas para estas investigaciones, pero no bastan desconociendo el fin, el objeto de aquellas creencias y ritos; ignorando precisamente las más rudimentarias enseñanzas de la Teosofía, es imposible dilucidar estos asuntos sin incurrir en errores que extravían más y más, dificultando las sucesivas indagaciones. El mal es entonces de origen y el edificio mal cimentado es preciso que en su mayor parte sea derruído.

Varios problemas se presentan en la dilucidación del significado del *pert-em-hru*, todos á cual más interesantes. ¿Qué era eso que salía, surgía, nacía ó se manifestaba? ¿El Alma? Pero ¿qué entendían por *alma* los egipcios? Hé aquí el primer paso ¿de cuántos principios entendían que el hombre estaba constituído?

Mad. Blavatsky en *La Doctrina Secreta*, vol. II, pág. 586, cita la opinión de un egiptólogo, que si bien con errores, decía habían creído los egipcios en la constitución septenaria. Budge cita nueve principios:

Kat.. = el cuerpo.	*Khaibit*.. = la sombra.	*Sekhem*. = la fuerza.
Ka.. = el doble.	*Khu*.... = el Espíritu.	*Ren*... = el nombre.
Ba.. = el Alma.	*Ab*.... = el corazón.	*Sahu*.. = el cuerpo espiritual.

Esta clasificación, aparte de los errores de que pueda adolecer, por lo

difíciles que son de estudiar los papiros y otros documentos que son los únicos monumentos que pueden facilitar antecedentes, es sin duda puramente exotérica. En ella falta el principio pránico, cuyo jeroglífico es el *Anch*, la cruz ansata. Uno de éstos, ó una agrupación de ellos, es el que los egipcios creían salía de la tumba para gozar del día.

Una gran confusión se observa en las creencias religiosas de este pueblo, y aparte de las dificultades que se presentan en este estudio, se ve que las enseñanzas esotéricas estaban resguardadas por velos que impedían á los no iniciados profanarlas.

Los jeroglíficos con que representaban los principios dicen poco á la intuición, pues excepto dos, *Ba* y *Shu*, todos los demás en sus signos no dejan ver sino una expresión grosera y vulgar de lo que se quiere representar. En cambio *Ba*, el alma, se representa por un halcón con cabeza humana ó por un ave que lleva un objeto colgado al cuello, ó un recipiente con fuego é incienso; *Shu* por un ave de cuello largo y pico corvo, colgándole de la cabeza hacia atrás una pluma ú otro objeto parecido. Otras veces este jeroglífico aparece compuesto de varios signos, donde figura como signo silábico el pájaro que se acaba de describir y lo siguen como determinantes un sol que lanza hacia abajo rayos benéficos y una figura, representación genérica de un dios. En este caso se puede interpretar como el «espíritu luminoso y divino», «el glorioso.» El jeroglífico *Anch*, prana, también es sugestivo; pero no tanto como estos dos últimos, en que sus principales signos son el fuego, un ave, el sol, un dios y aun el incienso, que tanta importancia tiene en el culto religioso de una porción de pueblos.

En los dibujos que acompañan á los papiros funerarios, se ve muchas veces representada un ave tomando parte en las ceremonias ó juicios á que se sometía al muerto. En algunos de ellos se ve al difunto, á otro personaje igual á él (símbolo sin duda de su entidad *postmortem*) y al ave que representa el alma.

Sería preciso traspasar con mucho los límites de este trabajo si fuéramos á describir aquí todas estas ceremonias, por lo cual nos vemos precisados á citarlas tan sólo como datos importantes para este estudio.

La teosofía nos enseña la agrupación de principios que tiene lugar después de la muerte física, así como las muertes sucesivas cada vez que la entidad se va desprendiendo de uno de los principios inferiores.

Después de la desintegración del cuerpo físico, se abandona al vehículo

de prana (el cuerpo etéreo) y á prana. No es de suponer que los egipcios se refieran con la salida *pert-em-hru* á cualquiera de estos principios, á no ser que en el sentido de estas palabras entendieran la liberación del hombre de sus ligaduras terrenas. Aquí, ó se referían á la separación del hombre sólo de su cuerpo físico y conservando sus otros vehículos, ó á una liberación muy superior, puesto que la comparaban á la aurora resplandeciente de un nuevo día. El hecho de que este nacimiento era sólo patrimonio de los justos, nos prueba que hacían alusión, por lo menos, á los niveles superiores del plano astral y nunca á los inferiores.

Es también curioso que en sus campos del Amenti se vean en los papiros divididos en cuatro compartimientos, los cuales, sin género de duda, se referían á los planos ó subplanos porque pasa el ego después de la muerte. En éstos precisamente es donde se desarrollaba la vida de los que habían dejado la tierra y allí donde podían gozar de las mismas delicias que las terrenales. Sabemos nosotros que todo esto, y según su mayor ó menor espiritualidad, tiene lugar en todos los planos inferiores al devachán, y aun en este último, sólo que aquí todo se experimenta desde un punto bastante elevado y espiritual. El principio *Ba* (Alma) de los egipcios parece ser nuestro Manas, y si esto es así, se comprende entonces que *Ba*, el ave humana, sea la que salga de la tumba para gozar en los planos superiores de las compensaciones de una vida que hay más allá de la vida terrestre.

Una dificultad se presenta para poder confirmar esta opinión, pero es más bien aparente que real. Si *Ba* (Manas) es el que surgía del hipojeo, ó de la momia, para gozar del espectáculo que le ofrecía la aurora de un nuevo día, ¿cómo no se expresa terminantemente en los textos compulsados que era este principio el que salía? Y ¿por qué estas salidas podían repetirse á voluntad?

Como queda expuesto en las obras teosóficas, no es sólo la mente aquel principio que separado del cuerpo entra en los planos inferiores del astral y sigue por los planos Manásicos y búdicos; así que si dijéramos que Manas y sólo Manas alcanzaba estos planos, faltaríamos á la verdad; por igual razón los egipcios no podían decir que *Ba* era el que libre del cuerpo salía del sepulcro. Por esto se viene en conocimiento que aquello que goza del *pert-em-hru* no es un principio, sino lo que constituye la entidad *postmortem* en el preciso momento en que empieza á ver satisfechas sus aspiraciones justas y elevadas.

Las repetidas salidas pueden entenderse como refiriéndose á los distintos nacimientos que siguen á otras tantas muertes, como tienen lugar cuantas veces la entidad abandona un vehículo para pasar á un plano superior, donde precisa revestirse de un cuerpo más puro.

Como repetidas veces hemos dicho, surgen grandes dificultades ya propias de los estudios, que versan sobre el Egipto y sus monumentos, ya debidas á nuestra ignorancia de las enseñanzas teosóficas, y estas dificultades son las que nos impiden desarrollar con amplitud este estudio, donde no se ha agotado la serie de consideraciones á que da lugar. La religión egipcia, poco estudiada hasta hoy, permite ver en su fondo muchas confirmaciones esotéricas de la verdad y fundamento de las creencias de todos los pueblos; y nosotros, al exponer estas breves consideraciones, no hemos tenido otro objeto que el iniciar estos estudios entre nuestros lectores, sin perjuicio de que en otras ocasiones insistamos, procurando con más acierto y conocimiento, exponer algo de lo mucho con que nos pueden ilustrar las civilizaciones que fueron.

MANUEL TREVIÑO

Madrid, Junio MCM.

LOS COMIENZOS DE LA QUINTA RAZA

(CONTINUACIÓN)

En el *Buddhismo Esotérico* se encuentra una declaración aislada — derivada de una alusión igualmente inexplicada de una de las cartas en las que se fundaron las enseñanzas de este libro—al efecto, de que la Quinta Raza Raíz comenzó hace cosa de un millón de años. La última subraza del tronco atlante se ha desarrollado desde entonces en el área del mundo moderno, que hoy es la Mongolia. Asia, en la que claramente parece que debió tener origen la raza Aria, era en un principio, hace un millón de años, por lo que podemos razonablemente suponer, de una configuración muy diferente de su aspecto actual. Así, cuando se publicó la bastante completa *Historia de los Atlantes*, enriquecida con mapas que mostraban las verdaderas transiciones de la geografía á través de los grandes cataclismos y cambios que transformaron el mundo atlante y le dieron la forma que hoy conocemos, el problema de la Quinta Raza pareció más bien complicarse que no aclararse. Pero las explicaciones que

se han obtenido últimamente, vindican la declaración original y aclaran el misterio de nuestro remoto linaje. Esto, sin embargo, difícilmente será inteligible hasta que podamos comprender algo de la inspiración oculta que yace tras el origen de una nueva raza raíz.

Téngase presente que cada raza raíz representa un estado claramente diferenciado en el progreso de la evolución humana en el período del mundo. Los procesos naturales, es verdad, son siempre graduales, y por medio de la experiencia de la vida adquirida en cada raza por turno, es como cada Ego individual se desenvuelve para llegar al estado de poder encarnar en la que sigue. El paso del Ego desde su última encarnación en una raza raíz á su primera en la siguiente, no implica ningún avance brusco. La nueva encarnación no presentaría al principio, ante la observación ignorante, ningún elemento de progreso, comparada con la última. Pero una raza nueva tiene que ser investida con las potencialidades de un progreso más elevado que el llevado á cabo por su predecesora, y las leyes que el término moderno «herencia» compendia, no proporcionan más que cierto grado definido de desarrollo en la raza á que se refieren, pues para la expresión de capacidades espirituales más elevadas se necesita el correspondiente organismo físico superior. El Ego ordinario que pasa de una raza antigua á una nueva, puede que no tenga aún capacidad espiritual en exceso de las facilidades para su expresión inherentes á la antigua línea de herencia, pero si ha agotado las posibilidades de esa línea, tiene que ser puesto en relación con una nueva corriente de evolución adecuada, para continuar el progreso de las formas físicas en un nivel correspondiente con el mayor progreso que en lo sucesivo deba verificar en lo tocante á su individualidad permanente. La infusión en un nuevo tronco padre de las potencialidades de semejante desarrollo, constituye la inauguración de una nueva raza raíz.

Esta gran empresa es llevada á efecto por la intervención directa de una Entidad inmensamente avanzada perteneciente á la jerarquía gobernadora del planeta. Este Ser es mencionado en el lenguaje del ocultismo como el Manu Raíz de la raza. Pertenece á un nivel de iniciación en la jerarquía, considerablemente superior al más elevado de los descritos en una Conferencia anterior en esta Logia de Londres, sobre *El Sendero de Iniciación*. Este nivel es asequible para los Adeptos de nuestra propia evolución, y los Manus Raíces de razas aún por desarrollar, serán representantes avanzados de la humanidad á que actualmente pertenecemos;

pero cuando llegó el tiempo de dar el impulso que puso en marcha á la quinta raza, la humanidad de la tierra no había producido Adepto alguno de un rango que le permitiese asumir estas funciones. Por tanto, el Ser que ha sido el Manu Raíz de la quinta raza, es una entidad perteneciente á un esquema de evolución más avanzado. Los lectores de la *Historia de los Atlantes* y de los *Pitris Lunares*, conocen la parte importante que tales Seres han tomado en la educación primitiva de nuestra familia humana. Pero era necesario que el Manu, á fin de poder cumplir su gran tarea, se apropiase por completo nuestra naturaleza, y á este fin tuvo encarnaciones humanas durante un tiempo considerable anterior á la época en que debía poner en marcha á la nueva raza.

Esta época llegó, según nos lo dió á conocer correctamente la prime ra indicación que se nos hizo, hace cosa de un millón de años, cuando la configuración del mundo correspondía con la que se demuestra en el primero de los cuatro mapas atlantes. En este tiempo florecía la quinta subraza de los atlantes, la subraza semita. Las subrazas sexta y séptima no se habían desarrollado hasta entonces. Por consiguiente, de la quinta subraza fué de donde el Manu eligió la colonia que destinaba á recibir el nuevo ingerto. Esta subraza no representaba la civilización intelectual más avanzada que entonces prevalecía entre los atlantes. Los toltecas eran la raza predominante, y los semitas se desarrollaron en las montañosas penínsulas nordestes del gran continente que se extendía en esta dirección y abrazaba el país que es hoy Irlanda y Escocia. Según se nos había dicho ya, estos semitas primitivos eran una gente guerrera y dura, sencilla en sus costumbres, no manchada por la corrompida civilización tolteca, pero físicamente un hermoso tronco, adaptado, por tanto, á los propósitos en perspectiva del Manu Raíz; pues el objeto más inmediato, téngase presente, era dar un nuevo impulso á la herencia física. La tarea sólo podía verificarla un Ser de poderes y de Sabiduría espiritual colosales, pero en su principio era una tarea del plano físico — aunque, por supuesto, asociada á actividades de otros planos, pues los vehículos superiores del hombre y su vehículo físico, tienen que estar en armonía — una preparación de ese impulso interno que se necesitaba para guiar la ley de herencia, y permitirla poner los diversos «principios» de la constitución del Hombre en armonía con la gran oleada de progreso espiritual.

Los sucesos fueron dirigidos de tal modo — los poderes más elevados en relación con el mundo, armonizando su acción con los propósitos del

Manu —que se llegó al establecimiento de una colonia sacada de la subraza semita, en lo que era entonces una región suficientemente remota de la tierra, y que ahora corresponde con lo que en la presente configuración llamamos Siria. En medio de esta colonia encarnó el Manu mismo, haciéndose el gobernante y legislador del pequeño reino, vigilando su crecimiento y educación para el porvenir á que estaba destinado. Durante un largo período era necesario que la joven comunidad viviese rígidamente conforme á reglas encaminadas á producir el desarrollo del nuevo ingerto, y el Manu se esperaba á ver si su gente escogida era digna de la confianza que se le dispensara. Cuando llegó el tiempo, el nuevo ingerto tenía que verificarse por la transmisión tal del Manu á los herederos de su cuerpo de características apropiadas, cuya continuación, bajo la ley de herencia, debía constituir el principio de la nueva raza

Sin embargo, con el transcurso del tiempo, la colonia no cumplió las intenciones de su fundador. Es digno de consideración, en este punto, llamar la atención sobre el hecho significativo del fracaso, relacionándolo con el antiguo problema del libre albedrío y de la necesidad. Hasta cuando se trata de un hecho tan importante como la fundación de una nueva raza, los seres humanos no son meros muñecos en manos de una autoridad superior. Cualquiera de ellos *podía* ser dominado á la manera que nosotros podemos disponer de la libertad de un gorrión que tuviéramos en nuestro poder; pero no es este el plan por el que los Poderes Superiores dan expresión al objeto divino del sistema. Los hombres deben ser persuadidos, no obligados, á poner su vida y voluntad en armonía con el objeto divino. Si no quieren, si se resisten á la enseñanza, otros serán más dóciles y tendrán el privilegio de coadyuvar á la idea divina; pero en todos sus actos tienen que estar investidos del derecho de escoger, si quieren, la mala senda; pues de otro modo su elección del buen sendero no tendría significado ni importancia alguna evolutiva. Así, pues, aunque es de suponer que hasta los mismos Señores del Karma inclinasen su influencia en favor de la realización de los planes del Manu, la colonia original semita ejercía su libertad de elección y se aprovechó de su derecho de marchar mal. No se trató, verdaderamente, de ninguna grave responsabilidad moral; pero no pudo ponerse suficientemente en armonía con la regla para ser la cuna de la nueva raza, cuya sangre, durante muchas generaciones, era necesario guardar del contagio más insignificante. Las leyes prescritas por el Manu tenían por objeto este fin, pero descuidándo-

las, alguna de la gente se cruzó con tribus vecinas de la tercera raza raíz, por lo que su tronco físico se deterioró en consecuencia. Unos cuatrocientos años después del primer establecimiento de la colonia, el Manu vió que era necesario principiar de nuevo. Escogió un pequeño grupo de gente no afectada aún con la infusión de la sangre de la tercera raza — no más que unas veinticinco ó treinta familias — y se las llevó en busca de una nueva morada. Como puede fácilmente presumirse, la gente de este modo guiada, no estaba tan avanzada intelectualmente que comprendiese el destino que le estaba reservado. Fué lo bastante que entendiese que la mayor parte de los que le rodeaban, habían de algún modo desobedecido á la ley, que los ideales religiosos de la comunidad habían sido degradados por la mezcla con las groseras creencias de sus bárbaros vecinos; y así la esperanza de encontrar un nuevo reino con una fe más pura, fué motivo suficiente para su nueva emigración.

A. P. SINNETT

(Se concluirá).

LA FORMA DEL UNIVERSO

Es una esfera que aumenta de volumen sin cesar por la creación continua de fuerza que emana constantemente de su centro, entendiendo por fuerza la combinación del espacio y del tiempo que constituye el átomo central del universo, cuyo centro es Dios.

Del átomo central salen sin cesar oleadas de átomos, esférulas á él semejantes, inmateriales, comprendidas dentro de la inmensa esfera inmaterial etérea del átomo central que abarca en sus palpitaciones de expansión y de condensación al universo entero á modo de mar de sutilísimas aguas.

El átomo central es lo que algunos llaman luz increada, el éter de los físicos modernos.

Las infinitas combinaciones posibles de los átomos son las infinitas formas de la naturaleza.

Para concretar y detallar más la esfera del universo, la supondremos subdividida en esferas concéntricas que designaremos con los números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7 y 8, que indican de menor á mayor la distancia al centro, y del 1 al 7 los grados de complejidad creciente y de mayor volumen en

las formas parciales del universo, los siete cielos de los antiguos y el infinito espacio vacío.

Mas antes empezaremos por estudiar el término precedente de la evolución, el centro inextenso de la esfera, centro de gravedad y de figura del univérso, el punto cero ⨀. La evolución de las ideas dentro del mundo inextenso y la evolución de las ideas transformadas en cosas en el mundo de la extensión, forman una sola serie matemática representada geométrica y mecánicamente por la esfera del universo, cuyo centro es Dios.

Todo lo que hay dentro del centro inextenso del universo, es lo racional de Hegel, el mundo del espíritu, el conjunto de la evolución de las ideas que por ser cosas matemáticas independientes del tiempo y del espacio, todas ellas coexisten hipostáticamente por sí mismas y son eternas.

Hay un último término de la evolución de las ideas, que, llámese Dios, llámese logos, llámese lo incognoscible, llámese como quiera, es la síntesis de todas las ideas matemáticas posibles, la integral de todas las integrales, el conjunto de todas las perfecciones imaginables confusamente vistas por los grandes místicos y por los grandes geómetras.

En esta serie matemática de las ideas, el pensamiento se transforma en voluntad, la voluntad se transforma en amor y el amor en belleza, y la belleza suprema de Dios realiza no sabemos cómo la maravilla de añadir á las ideas en reposo la idea de movimiento, el prodigio de transformar el centro inextenso del universo en la esfera extensa del átomo central, que es la máquina de portentosa sencillez, con la cual se está construyendo sin cesar la fábrica maravillosa del universo, el prodigio incomprensible de combinar, de mezclar, de copular el espacio con el tiempo, para que de esta cópula, como de todas las cópulas ó combinaciones posibles, nazca una cosa nueva que tenga los caracteres matemáticos de las dos cosas que la engendraron al combinarse, y además otros caracteres matemáticos nuevos que antes no existían: la fuerza.

En esta aparición de caracteres matemáticos nuevos, es en lo que consiste la evolución.

La prueba evidente de que la fuerza es la combinación del tiempo y del espacio, es que no hay aspecto alguno de la fuerza que no nos muestre el espacio por una parte y el tiempo por otra. Si suprimimos cualquiera de los dos factores de la fuerza, el espacio ó el tiempo, la fuerza desaparece, no existe, no puede existir.

La idea de la génesis de la fuerza, como hija del espacio y del tiempo

combinados, es sencillísima, pero fundamental; es un descubrimiento como cualquier otro.

Hay dos clases de espacio: el espacio inmóvil, vacío, el espacio antes de la creación, el espacio que designamos con el número 8, que es una forma matemática, una idea que en la evolución de las ideas es inferior á la idea de fuerza; hay también el espacio en movimiento, el espacio combinado con el tiempo (combinación que llamamos fuerza).

Hay dos clases de tiempo: el tiempo inmóvil, vacío, sin reloj de ninguguna clase que le mida, forma matemática conjugada de la forma espacio.

Las dos formas matemáticas conjugadas, macho y hembra, de lo racional hegeliano, el espacio y el tiempo, los dos sexos de lo racional al casarse, unirse ó combinarse, engendran la fuerza en su forma elemental, el átomo, esto es, una esfera de substancia inmaterial, matemática, psíquica ó etérea, que se contrae hasta confundirse con su centro *cero*, y que aumenta de volumen hacia el infinito.

El átomo es el ser vivo más sencillo, el protoplasma, cuya vida es indefinida en el tiempo y en el espacio.

Las formas de la naturaleza son las combinaciones matemáticas posibles de los átomos, combinaciones parciales, finitas, transitorias del tiempo y del espacio, poliedros regulares de innumerables clases de regularidad.

Primera esfera ó cielo núm. 1. — El gran aliento de los gnósticos, el primer uno de los pitagóricos, el átomo central del universo, que á modo de estación central telefónica establece la intercomunicación de todos los átomos del universo entre sí y con Dios. El átomo central, alma del mundo, es la máquina que sirve para crearlo, para transformar las ideas en átomos, en fuerzas, en seres que parecen cosas y no son más que ideas transformadas, manifestadas. El átomo central es el primer término de la evolución darwiniana, es la transformación de las ideas á modo de gas comprimido en el centro de la esfera, en soplo sutilísimo que pasa, como los rayos X, á través de todos los cuerpos en *el gran aliento*, que, según la frase felicísima de los gnósticos, sale constantemente del centro del universo á modo de boca del mundo del espíritu.

Suponiendo que la idea más alta de la divinidad que ocupa el centro de la esfera es la de un amor divino, inmenso, infinito, sólo entendido por los grandes místicos, el átomo central es el semen, producto y manifestación de ese amor infinito, el flujo de ondulaciones etéreas que emanan

sin cesar del centro de la esfera y aumentan constantemente su volumen.

El flujo de Heráclito, el primer uno de los pitagóricos, el gran aliento de los gnósticos, el átomo central y el *fiat lux* de la Biblia, son expresiones equivalentes, distintos modos de expresar con palabras una misma gran idea muy difícil de entender.

El átomo central es el océano de la vida, un mar esférico de éter, de substancia matemática, en el cual, á modo de peces, se mueven y viven todos los astros con sus respectivos habitantes.

Esfera ó cielo núm. 2. — La nebulosa central formada por las oleadas de átomos engendrados en cada palpitación de expansión y de condensación del átomo central.

El hecho asombroso de la creación consiste, á mi ver, en la primera combinación del espacio y del tiempo, en la primera palpitación del átomo central, en la aparición de la belleza en su forma elemental ó más sencilla de esfera. Todo lo demás se puede entender bien como fabricación automática y continua de átomos y de nebulosas, hecha por el átomo central, la máquina más sencilla y perfecta de todas, el motor del universo, alimentado con el fuego sin fin de las ideas matemáticas.

Esfera ó cielo núm. 3. — Nebulosas parciales sensiblemente esféricas, desgajadas de la nebulosa central á medida que ésta aumenta de volumen. Los átomos, las nebulosas y los astros, se alejan constantemente del centro de la esfera en dirección á la superficie esférica núm. 7, límite que separa el espacio vivo del espacio muerto ó inmóvil; el movimiento se verifica dentro de un cono cuyo vértice se apoya ó coincide con el centro del átomo central, razón por la cual los astros se mueven describiendo secciones cónicas.

Esfera ó cielo núm. 4. — Grandes nebulosas de variadas formas (fragmentos ó subdivisiones de las anteriores nebulosas) en estado de condensación en vías lácteas y más distantes que las anteriores del centro del universo.

Esfera ó cielo núm. 5. — Pequeñas nebulosas (las nebulosas de Laplace) desgajadas de las anteriores grandes nebulosas y más alejadas del centro del universo que ellas, en estado de condensación en soles y planetas luminosos de pequeña masa.

Esfera ó cielo núm. 6. — Nebulosas transformadas en sistemas de soles apagados ú obscuros, y de planetas de masas y volúmenes cada vez mayores, por la constante incorporación de pequeños planetas, asteroides y

materiales cósmicos. En estos astros privilegiados, límite cada vez más amplio de la evolución sideral, es natural que haya mayor número de cuerpos, de minerales y de metales, variedad más extraordinaria de vegetales y de animales, hombres más avanzados en el camino de la evolución que, de hombres parecidos á nosotros de figura seguramente simétrica á ambos lados de un plano de progresión y de sexualidad, se habrán transformado en genios ó superhombres, y después en santos ó supergenios, y después en artistas ó supersantos que harán todas las cosas con arte, con gracia, y que vivirán centenares, millares ó millones de años.

Esfera ó cielo núm. 7. — Ultimas ondulaciones etéreas del átomo central en contacto con los grandes soles apagados más distantes del centro del universo, á modo de atmósfera sutilísima envolvente del universo entero y de superficie esférica, límite de separación entre el universo vivo, en movimiento y el espacio en reposo, no llamado aún á la vida.

Esfera ó cielo núm. 8. — El espacio infinito, vacío, en reposo, no combinado aún con el tiempo, que envuelve y limita el volumen siempre creciente y siempre finito de la forma esférica del universo.

El hecho geométrico y mecánico del aumento de volumen constante de la esfera del universo, se transforma dentro de éste de innumerables modos. Algunos de ellos son lo que llamamos civilización, progreso, perfección indefinida, anhelo del alma humana de identificarse con Dios, centro del átomo central del universo.

ARTURO SORIA Y MATA

EL USO DEL MAL

(CONTINUACIÓN)

Es una de las leyes del movimiento, que un cuerpo que se mueve, continúa moviéndose si no se le opone nada, pero si se genera la fricción, poniéndose en contacto con otro cuerpo, llegará gradualmente á detenerse; donde quiera que hay fricción, hay este gasto de energía, y esta fricción transmuta la energía activa en otra forma, tal como el calor, disipándose la energía; la fricción continuada ocasiona la disipación de la forma á ella sujeta. No es que se aniquile ó destruya la energía: esto no puede ser. Es que se destruye la forma: aquello que se pone en contacto con lo que es

el agente de la fuerza contraria. La forma perece porque la oposición la rompe en pedazos, ó más bien se hace pedazos contra la fuerza contraria, pero la energía persiste porque es parte de la vida una eterna. Pero, podréis preguntar, ¿por qué esta fuerza entorpecedora? ¿Por qué tiene que existir en la evolución algo que contraríe? ¿Cómo sucede esto? Si todo procede del Uno, ¿cómo puede desarrollarse? Primero, porque la condición de toda diversidad es la manifestación de los polos opuestos, Espíritu y Materia, luz y tinieblas de que hablé al principio; y segundo, porque para el desarrollo de todas las cualidades positivas, es necesario que se ejerciten contra la oposición. Sin oposición, no hay desarrollo, no hay crecimiento posible. Todo desarrollo y crecimiento resulta del ejercicio de una energía contra algo que se opone. Pensad por un momento y veréis cuán verdadera es esta afirmación. Tenemos músculos en nuestros brazos; si queremos desarrollar su fuerza, ¿qué debemos hacer? Ejercitarlos, estimularlos, no dejarlos en reposo. Sabéis que hay una gente que practica una forma particular de ascetismo, que extienden el brazo y lo mantienen rígido, de suerte que no tiene lugar la contracción muscular. ¿Cuál es el resultado? Después de cierto tiempo el brazo permanece fijo en esa posición, se torna rígido; los músculos pierden el poder de contraerse; dejan de ser canales de energía viva; en una palabra, hay estancamiento, ausencia de esfuerzo, ausencia de contracción muscular, de acción contra fuerzas resistentes; el resultado es hacer retroceder, por decirlo así, el brazo á una forma inferior de vida, á la cual no pertenece el movimiento como característica, y el brazo se vuelve rígido como una piedra ó un pedazo de madera; ha perdido el poder muscular por falta de ejercicio, porque ha permanecido quieto y estancado, y por tanto, el poder del movimiento ha desaparecido. Pero si un hombre quiere desarrollar sus músculos ¿qué es lo que tiene que hacer? Toma una maza que pese, ó cualquier objeto de peso y ejercita los músculos en vencer la resistencia de ese peso en una forma ú otra. Lo levanta del suelo y el peso trata de atraerlo á tierra al tratar él de elevarlo. El efecto de esta lucha es el desarrollo de la energía muscular, el desarrollo de la fuerza en el músculo; hácese éste más fuerte y adquiere capacidad para vencer fuerzas contrarias; y así crece y se desarrolla el músculo más y más, mientras más se le ejercita y se hace más fuerte que antes. Este desarrollo se debe exclusivamente al uso de vencer la resistencia del peso, y el ejercicio vence tal resistencia; con esto ha adquirido vida y fuerza, pues á medida que el músculo aumenta su capacidad de retener la vida,

ésta fluye á él, estando la cantidad de fuerza que podemos extraer de la vida Divina que nos rodea, sólo limitada por nuestra capacidad de recibir y retener.

Aquí está el empleo del mal. La vida que está en nosotros no puede manifestar sus capacidades superiores á menos que estemos en condiciones que nos permitan desarrollarnos luchando contra la oposición. El mal es, por decir así, el peso que se opone al músculo, y así como desarrollamos el cuerpo luchando con el peso externo que se le opone, así se desarrolla el carácter moral, luchando contra el mal que es el opuesto de toda virtud. Cada virtud tiene su mal opuesto. La verdad y la mentira, el valor y la cobardía, la compasión y el odio, la humildad y el orgullo. Todas estas cosas son pares de opuestos. ¿Cómo podemos desarrollar la verdad, si no es luchando contra lo falso, si no es comprendiendo que en el mundo que nos rodea está la mentira en todas partes? ¿Qué podemos hacer cuando comprendemos la fuerza de esto, sino contradecirla y colocarnos en oposición á ella, siendo nosotros mismos sinceros? Que vuestros labios no dejen escapar palabra falsa; que en vuestro cerebro no more jamás un falso pensamiento; no permitáis nunca que una falsa acción manche vuestra conducta, y el resultado del reconocimiento de la falsedad será el desarrollar en vosotros la fuerza necesaria para la verdad. A medida que luchamos contra la tendencia de la mentira, desarróllase en nosotros el poder siempre en aumento de la verdad. Ahora bien, ¿qué es la verdad? La Verdad es Brahman: la Verdad es la vida; la Verdad es la esencia de lo que llamamos la vida Divina; y la alcanzamos luchando contra la falsedad, desarrollando, por decirlo así, la virtud, receptáculo de la vida Divina, y á medida que la ampliamos y agrandamos luchando contra lo falso—á medida que el músculo se desarrolla ejercitándose contra el peso — estamos haciendo de nuestro carácter un receptáculo para la Vida Divina, esa Vida Divina que fluirá á él cada vez en mayor volumen y nos dará un poder mayor. De este modo desarrollamos esas cualidades de la Verdad, que jamás hubiésemos evolucionado sin la oposición, y que en proporción á las energías desenvueltas por nuestros esfuerzos contra lo falso, purificará nuestra naturaleza de la mentira y hará sincera la vida que desarrollamos. Lo mismo sucede con toda otra virtud. El valor se desarrolla con la presencia, no con la ausencia de la cosa que se teme. Si no hubiese objetos que despertasen la sensación del temor, entonces el valor no se desarrollaría jamás. Por la presencia de las cosas que hacen surgir el sentimiento del temor, aumenta la

experiencia del Alma y desarrolla gradualmente el valor. ¿No habéis observado nunca en un niño, que lo que en un principio le aterraba, aquello que era un objeto de terror cuando lo vió por primera vez, pierde gradualmente su cualidad aterradora haciéndose cada vez más familiar? Ved cuán tímido es un niño; observad cómo ve, hasta en una cara extraña, un objeto que le espanta. ¿Cómo perderá el niño esta timidez y se hará valiente á la faz de los hombres? Seguramente no encerrándole en una habitación donde nunca vea á nadie; si lo recluís á una habitación donde no vea caras extrañas, el niño no temerá. El temor es producido por la vista de objetos desconocidos; pronto empieza á comprenderlos, hasta que á fuerza de constantes experiencias, desaparece el temor, y la fuerza y el valor lo reemplazan.

Y de este modo podría presentaros todas las virtudes, demostrándoos que sólo se desarrollan por medio de la oposición, y que en el resultado de esas fuerzas opuestas está el valor de esa energía entorpecedora: *ahí* está el valor de la evolución del mal, que actúa como un peso contra el esfuerzo hacia la perfección y con ello desarrolla la fuerza que domina los deseos por esas formas destinadas á la destrucción; pues los hombres que eligen aliarse con lo que está condenado á la destrucción, tienen que participar de la suerte de esas formas que han elegido como suyas. Pero la energía que es necesaria para evolucionar hacia el estado de perfección, no existiría sin el mal, y la presencia del mal en el universo hace que sea posible el crecimiento del bien y el triunfo de la perfección.

Ni debemos tampoco olvidar que es un empleo fundamental del mal la evolución del poder de distinguir entre el bien y el mal, y por tanto de la voluntad, de la elección. ¿Cómo podríamos conocer la Verdad sino distinguiendo que es diferente de lo que no es verdad? ¿Cómo conoceríamos su valor si la experiencia no nos mostrase los efectos destructores de lo falso en el hombre y en la sociedad? «A» sólo puede ser traído á la conciencia por la presencia de «no A», y esta última es necesaria para la definición de la primera en la mente. Así, pues, nuestra mente permanecería vacía respecto de la Verdad, no podríamos comprender ésta, ni conocerla ni definirla, sino distinguiéndola por su diferencia de la no-Verdad. Y así con todas las virtudes, con el bien en su totalidad. Sólo por el reconocimiento del mal podemos conocer el bien, y para conocer el mal es necesario tener experiencia del mismo.

También es útil el mal, como un azote que nos obliga al bien; pues como

el mal es la discordancia con las fuerzas que evolucionan de la Vida Divina en manifestación, tiene que resultar dolor. El dolor es, verdaderamente, vibración discordante, y por tanto, el mal acarrea inevitablemente el sufrimiento como resultado, no como castigo arbitrario, sino como necesidad inherente. Y todo dolor ocasiona un sentimiento de repulsión hacia la causa que lo origina, y de este modo aleja al hombre del aspecto de la naturaleza, que inarmónica y tumultuosamente se hunde en la desintegración, arrastrando consigo las personalidades que han elegido la identificación con él. Todos los hombres van llevados por la poderosa corriente de la Vida Divina, que circula como un universo; pero una corriente precipita hacia abajo en su remolino todos los desarrollos monstruosos y desordenados, para que sean desintegrados y convertidos en material primario para una nueva construcción, al paso que la otra corriente lleva adelante á todos los que se moldean en expresiones ordenadas, y que por hacerse vehículos de la Ley, comparten su permanencia como manifestación esencial de la Realidad Una.

ANNIE BESANT

(Se concluirá.)

BIBLIOGRAFÍA

Cómo acabará el mundo, por Camilo Flammarion; precio **10 céntimos.** Biblioteca de ***La Irradiación*** (Colonia de Doña Carlota).—Sucursal: Fuencarral, 106 y Victoria, 3, Madrid.

En este interesante folleto se dan á conocer las diferentes opiniones acerca del fin natural del mundo. La teoría de la erosión por las acciones seculares de los agentes naturales que abre un porvenir de cuatro millones de años á la esperanza de la vida terrestre. La de la sequía, opuesta á la anterior, porque en vez de estar destinada la parte continental de la tierra á desaparecer bajo la invasión de las aguas, éstas van disminuyendo gradualmente de siglo en siglo. La del enfriamiento, por la disminución del vapor de agua en la atmósfera; la de extinción del sol, dentro de una veintena de millones de años, y otras no menos científicas y notables.

Nuevo descubrimiento del **Río de Marañón,** llamado de las Amazonas, hecho por la religión de San Francisco en el año 1651, por Fr. Lau-

reano de la Cruz.—Biblioteca de ***La Irradiación*** (Colonia de Doña Carlota), Madrid.

La Irradiación, con el fin de despertar la afición al estudio de nuestra historia patria, va á publicar una serie de relaciones, inéditas unas, otras impresas, pero todas de rareza extraordinaria, siendo la primera que ha dado á luz la que de ahora nos ocupamos, copia fiel de un manuscrito que hasta hoy no se había impreso.

La obra del P. Fr. Laureano de la Cruz es una de las mejores que se han escrito acerca del descubrimiento del famoso río Marañón ó de las Amazonas, el tercero en la tierra, de longitud 6.200 kilómetros, que nace en el Perú y cruza el Brasil, desaguando en Pará.

Esta relación es notable, tanto por su estilo literario como por la veracidad de los hechos que narra, pues el autor fué testigo ocular y actor principalísimo en el descubrimiento de las márgenes del mencionado río.

Es de agradecer que se den á conocer obras de tanto interés para la historia y literatura colonial de España, con lo cual, á nuestro humilde entender, se popularizan los hechos gloriosos de la historia de nuestra querida patria y se estrechan nuestras relaciones con las Repúblicas americanas de raza latina.

El Sol y la Luna, por Camilo Flammarion, publicado también por la Biblioteca de ***La Irradiación***.

En este interesante folleto se trata del origen, de la naturaleza, de la constitución física del astro del día, de la periodicidad de sus manchas, del estado de su superficie y causas que mantienen el calor solar; todo ello descrito con la galanura, elevado estilo y claridad que sabe hacerlo el popular astrónomo Flammarion.

Ilustran este librito tres fotograbados: el Sol y sus manchas; mancha solar observada el 14 de Octubre de 1883, y carta topográfica de la Luna.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.